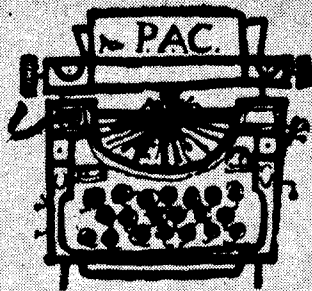


"Itálica famosa"



Después de experimentar un terremoto no quedan muchos deseos de dialogar con ruinas. Huérfanos de pasado, más bien nos sentimos necesitados de ver y tocar lo que perdura: las piedras vivas que han desafiado al tiempo, el arte vivo a través de las edades, la arquitectura erguida en su antigüedad: la cúpula del Panteón de Roma con sus dos mil años de solidez, la torre de Pisa que se inclina y no cae, las flechas de las catedrales góticas que siguen ascendiendo a la eternidad. La convivencia con el escombros da sed de pasado —que es, en realidad, una sed de futuro— porque así como el hombre necesita recordar que es polvo para no perder sus medidas en el orgullo, así también necesita completar y compensar esta visión real de su finitud, con el pensamiento de su trascendencia, de su victoria sobre la muerte y de su fecun-



La estatua de Trajano en las ruinas de Itálica

dad en la historia, y esta visión sólo la consigue cuando tiene un pasado ante sus ojos. Un fragmento de Homero, una Venus mutilada bastan para recobrar la dimensión humana: somos polvo, pero polvo fecundo. "Polvo serán, más polvo enamorado", dirá Quevedo. "Ceniza que se hace polen", dirá Novalis.

Huyendo de escombros, tuve sin embargo que afrontar —confieso que por gusto, por voluntad de cultura— dos encuentros con la destrucción, uno en Itálica, junto a Sevilla, otro en Pompeya, la hermana mayor de Managua, víctima del Vesubio. Buscaba, en esas ruinas fustres, relaciones y respuestas que le hieran idioma de historia al hosco silencio de nuestra capital devastada.

A Itálica llegué una tarde de mayo, de sol andaluz y de anacrónicos vientos fríos que parecían anidar en los mármoles rotos. Fue Carlos Molina Argüello —nuestro sabio investigador de la historia nicaragüense en el Archivo de Indias —mi guía y compañero por la ciudad en ruinas, aunque la curiosidad y la invitación a visitarla se la debo a un poema que aprendí de memoria, como muchos de mi tiempo— en las bancas del colegio:

"Estos, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora campos de soledad, mustio collado, fueron un tiempo Itálica famosa. Aquí de Cipión, la vencedora colonia fue. Por tierra derribado yace el temido honor de la espantosa muralla. Y lastimosa reliquia es, solamente de su invencible gente. Sólo quedan memorias funerales donde erraron ya sombras de alto ejemplo. Este llano fue playa: allí fue templo. De todo apenas quedan las señales. Las torres que desprecio al aire fueron, a su gran pesadumbre se rindieron...."

El poema, como la ciudad, está hecho en los nobles vestigios del latín, con

neoclásicos trozos de mármol extraídos de la arqueología de nuestra lengua. ¡Nunca una sintaxis reflejó mejor unas ruinas! Tal vez su autor, el andaluz Rodrigo Caro, pensó en su tiempo (1595) que ese metro y ese retorcimiento arcaizante de la sintaxis española, era la forma más elegante y clásica que podía adoptar el canto castellano, pero la paradoja de su éxito se debió a lo contrario: a que cantó unas ruinas con las ruinas de un lenguaje!

La destrucción de Itálica significó el final del Imperio Romano, y el poema de Caro fue el primer anuncio del crepúsculo del Barroco: con él comenzó esa "lírica de las ruinas" que recorrió la poesía hispana y que encontramos en Quevedo ("Buscas a Roma en Roma, oh peregrino...."), en Esquilache ("Dichosa soledad, noble silencio.."), en los Argensolas ("Imagen espantosa de la muerte..."), poesía-espejo de la decadencia española y de la agonía de su imperio. ¿Cuántas veces el hombre, creyendo inaugurar, cancela una edad, una etapa, un periodo de su historia? ¿Cuántas veces el político, en su ceguera, cree que abre un tiempo nuevo y sólo escribe su lápida final?

Repitiendo los versos de Caro recorro las ruinas. "Aquí de Cipión, la vencedora colonia fue", dice el poeta. Itálica fue fundada por Publio Cornelio Escipión, en la Segunda Guerra Púnica, 206 años antes de Cristo, después de vencer a los cartagineses. La levantó como un baluarte, cerca del río Guadalquivir, y fue así, la primera fundación romana fuera del territorio italiano.

En poco tiempo la fundación militar se convierte en ciudad y centro de romanización de toda Andalucía. Su prestigio crece, a través de los siglos, "cuando la fortuna quiso que en ella naciera el primer emperador no italiano que tuvo Roma: Trajano". Italicense también fue el siguiente emperador: Adriano —el que construyó este fastuoso anfiteatro en cuyas graderías ruinosas converso con Molina.

"Aquí nació aquel rayo de la guerra, Gran padre de la patria, honor de España. Pio, felice, triunfador Trajano, Ante quien muda se postró la tierra...."

Aquí de Elio Adriano, De Teodosio divino De Silio peregrino, Rodaron de márfil y oro las cunas.

Aquí, ya de laurel, ya de jazmines. Coronados los vieron los jardines Que ahora son zarzales y lagunas. La casa para el César fabricada ¡Ay! yace de lagartos vil morada: Casas, jardines, Césares murieron. Y aún las piedras que de ellos se escribieron...."

Aquí —en Itálica— fue el hombre transformando la historia, quien dio fin a la ciudad. En cambio, en Nicaragua, fue la naturaleza, destruyendo la obra del hombre, la que acabó con Managua. La causa de las ruinas es distinta. Las de Itálica nos hablan de un imperio que decae y sucumbe ante el empuje de fuerzas nuevas y bárbaras. Invaden a España los Godos, se enraizan en ella y levantan un reino que durará siglos. La ciudad románica de Itálica pierde sentido en esa nueva historia, mientras su vecina cercana, Sevilla, comienza a erguirse llena de futuro. Itálica sucumbe pero romaniza y civiliza a los rubios invasores. Es la semilla que cae en tierra para producir nuevo fruto. En el caso de Managua, por el contrario, la ruina no da lugar a un espíritu nuevo, sino que engendra otra vez lo viejo. La ciudad cae, pero no sus defectos y vicios. Por eso el diálogo de ruina a ruina es dispar y doloroso.

Mientras en las nobles ruinas de Itálica se advierte el proceso ascendente de una ciudad que creció, avanzó, expandió sus ideales y luego, como a todo lo humano, le llegó su decadencia y su muerte; en nuestra pobre Managua lo



Las ruinas del gran Anfiteatro de Itálica.

que cualquier historiador advierte es un tiempo detenido, antes y después de la destrucción. Hace poco lo comprobé. Buscando un viejo escrito tuve que revisar, año tras año, las colecciones de periódicos de Managua. A medida que avanzaba en el tiempo iba sintiendo una desoladora depresión. En cuarenta años nuestra política no registra más que una agotadora repetición de la misma elemental lucha por los más elementales derechos humanos. ¡Nunca nada más! Nunca un paso más arriba que haga suponer que el derecho a vivir y a convivir se da por supuesto. Siempre las mismas demandas. Siempre los mismos abusos. Hábeas corpus para prisiones sin causa legal. Procesos políticos para opositores. Reformas constitucionales para evadir el precepto de la alterabilidad. Fraudes. Protestas. Fraudes. Protestas. Los mismos recursos. Las mismas represiones. Las mismas declaraciones hipócritas: siempre legal el de arriba, siempre ilegal el de abajo. Y los mismos discursos. Uno, diez, cien, doscientos: la misma cosa. El tiempo se ha convertido en losa y la losa cubre una política-cadáver. De pronto un terremoto raja la losa. Se filtra el hedor a podrido. Una pella de cemento cubre la hendidura y el sepulcro queda de nuevo cerrado. "Estos, Fabio ¡ay dolor!

que ves ahora, campos de soledad, mustio collado", así fueron ayer, así siempre. Aquí la historia, estancada, no circula en las venas escleróticas de una dinastía....

Pero hay un momento —una zona de escombros— en que ambas ciudades en ruinas pueden dialogar. En los últimos tiempos de Itálica, sus piedras resonaron al paso de un militarismo cada vez más opresivo. Desde la ciudad lejana llegan cartas al degenerado emperador: "Estamos atrozmente oprimidos y explotados por aquellos cuyo deber es proteger al pueblo... Funcionarios, soldados, magistrados de la ciudad y agentes imperiales vienen a nuestro pueblo, nos apartan de nuestro trabajo y requisan nuestro bueyes. Reclaman lo que no debemos y sufrimos injusticias y extorsiones ultrajantes". (1)

Esta carta pudo también ser encontrada bajo los escombros del Palacio de Tiscapa. Pudo ser firmada por los campesinos de Matagalpa, de Jinotega o por los marginados de nuestros suburbios. Con una diferencia: el pueblo romano conoció el esplendor de un imperio; en cambio, nosotros, ¿qué?.

(1) Documento citado por R.H. Barrow en su libro "Los Romanos".